



¿TIENE SENTIDO
LA VIDA RELIGIOSA?
BUSCANDO LIBERTAD

Felix Moracho

Arturo Paoli acaba de publicar en Sal Terrae un libro con este título donde reflexiona sobre el significado de los votos en la vida religiosa. Esta no puede aspirar a ser más que los que es: una forma de llegar a ser cristiano, de seguir a Jesús de Nazaret. Esa es su finalidad: ayudar al "religioso" a crecer en la fe cristiana. Los votos, que encauzan en el religioso las áreas de la sexualidad, de la libre disposición de sí mismo, del uso y posesión de las cosas, no son más que medios para realizar lo más importante, lo más profundo que puede llegar a ser una persona que tiene fe: ser simplemente cristiano, seguir al primero de los creyentes, al primero que ha vivido en plenitud la fe: Jesús, el hombre, que es el Hijo de Dios.

Por eso para Paoli, "la opción de la castidad, de la obediencia, y de la pobreza" no son algo sagrado en sí mismo. Únicamente se justifican en cuanto desencadenan una vida de seguimiento a Jesús, y una pasión por realizar lo que fue la razón de su

PAOLI, ARTURO - **Buscando Libertad. Castidad, Obediencia, Pobreza.**
Sal Terrae, Santander, 1981, 160 pp.

vida y de su muerte: el Reino de Dios (la fraternidad de los hombres libres, hijos de Dios, solidarios que comparten entre sí como verdaderos hermanos).

Vivir el Voto de Castidad, que encauza la sexualidad y afectividad (como también, a su modo, tienen que encauzarla los solteros y casados cristianos) no consiste sólo en guardar la continencia real y afectiva: "desde que he descubierto que castidad no es igual a abstención, he caído en la cuenta que no había vivido mi celibato" (p.46). Vivir el celibato, la virginidad, en una pureza hecha de abstención, miedo, represión, en la que bajo el pretexto de ser de Jesús y María, de ser "la gloria de la Iglesia", de ser por completo de Dios, no se ama a nadie, ni se ama a nadie, ni se sufre por nadie, ni se sacrifica uno por nadie, será vivir la "abstención", pero no la castidad, la virginidad. La castidad se vive cuando libera para estar allí donde no está nadie (porque no hay abundancia, y además hay riesgo), cuando impulsa eficazmente a hacer sentir la misericordia de Dios hecha solidaridad fraterna, a los "don nadie", a "los cero a la izquierda", a los "juambimba" (a los que son excluidos por los demás del poder, de la libertad, de los bienes de la tierra): "la virginidad no es una virtud fuera del sexo, sino que introduce en el sexo un anhelo por la integración, una fuerza reconciliadora" (p. 67). "El celibato vivido estáticamente como belleza individual, como perfección personal, se pudre rápidamente y se convierte en lodazal" (p. 40). Una virginidad que no suscite relación, comunión, que no vuelque apasionadamente ese "residuo emocional", no usado, en la construcción de la fraternidad humana, ¿para qué vale?: ni es amor y, por lo tanto, no es seguimiento de Jesús. "Para mí, el vivir tiene una sola finalidad, la de realizar el Reino de Dios" (p. 60). "Fuera de la perspectiva del Reino la castidad es una tortura inútil" (p. 36).

La Obediencia es la nervadura de la Iglesia. Pero la misma Iglesia, sobre todo sus instancias jerárquicas, tienen que entrar de lleno en la obediencia. Porque toda la Iglesia, sin distinción jurídica entre superiores y súbditos, tiene que atender a la voluntad de Dios que quiere hacer su Reino entre los hombres: "Cristo trae a la tierra la obediencia, identificándola con el compromiso por la construcción del "Reino de Dios" (p. 100). No se trata, en esta primera y fundamental obediencia, de preguntar cuál es la voluntad de la autoridad humana: Papa,

Obispo, Superior Religioso...; sino de que todos nos preguntemos cuál es la voluntad de Dios en relación a hacer el Reino de la fraternidad de los hombres, hijos de Dios. Esa voluntad habrá que concretarla históricamente, y aquí entra la obediencia a la autoridad humana, pero también el esfuerzo corresponsable de unos y otros por conocer la realidad histórica, los "signos de los tiempos": el discernimiento de todos los implicados en esa obediencia. "La Iglesia debería ser el lugar donde se eduquen hombres capaces de hacer historia", dice Paoli (9 p. 76), recordando a Puebla (n. 274). Y "la responsabilidad de realizar aquí, en esta comunidad concreta, en este tiempo real, con estos medios de que dispone, el Reino de Dios" (p. 89) es de todos. Para Paoli una forma de "historización" de la obediencia la constituyen hoy, las Comunidades Eclesiales de Base que, en América Latina, nacen de la conciencia de que el Dios de la Alianza se hace sentir presente en las pequeñas salvaciones y liberaciones que en su carne vive el pueblo. Para Paoli la función profética de la vida religiosa está en descubrir los acontecimientos populares como episodios de la Alianza, en reconocer vitalmente a las Comunidades Eclesiales de Base como brotes nuevos de la Iglesia, "como el lugar en que se renueva la Alianza (p. 99), en vivir con fecundidad la crisis de la obediencia: obedecer a la Iglesia de la que venimos, obedeciendo a las exigencias de la Iglesia que viene; hacer eclesial la comunidad de base y, con ello, hacerla capaz de transformar la historia en historia de salvación: "obedecer a la jerarquía, realizando la obediencia a la Iglesia de base" (p. 103), teniendo siempre presente que "Cristo trae a la tierra la obediencia, indentificándola con el compromiso por la construcción del Reino de Dios" (p. 100).

Entre una obediencia conformista, que es un rehuir la "muerte" por vileza, y una obediencia subversiva, que es un dejarse adueñar por la muerte por masoquismo o por orgullo, hay una obediencia a lo Cristo, imposible sin una profunda experiencia de El en la soledad, que es obediencia-rebeldía, muerte-vida, capaz siempre de recrear unas relaciones más justas, más humanas.

La Pobreza, si quiere ser cristiana, no puede quedarse en lo jurídico, ni siquiera darle la primacía. Tiene que incluir mucho más: vida de trabajo, de austeridad y, sobre todo, el compartir por solidaridad. "La más asombrosa afirmación acerca

del Reino de Dios no es la de que se halle cerca, sino la de que dicho Reino ha de ser el reino de los pobres, y que los ricos, mientras sigan siéndolo, no han de tener parte en él (Lc. 6,20-26)" (Albert NOLAN, ¿Quién es este hombre? Jesús antes del cristianismo, p. 85). De ahí que Jesús exija el distribuir las riquezas (Mc. 10, 17-22), y que se empeñe en educar a la gente, en compartir lo que posee. Y la solidaridad de Jesús con los marginados social y religiosamente es signo de su solidaridad con el hombre en cuanto hombre. Es el único modo de que en el Reino de Dios entren todos. Lo más profundo de la pobreza cristiana es la pobreza como ejercicio de la fe en un Dios que, siendo el primero, está con los últimos, impotente, crucificado. Por eso ser pobre no será nunca el mero privarse de un cierto ambiente, de determinadas comodidades, relaciones, mientras, donde quiera que estemos, seamos nosotros los que sabemos, los que poseemos, los que damos. Los religiosos tenemos bienes, tenemos ciencia, tenemos poder. Y hacemos voto de pobreza. O esta se reduce a una dependencia (que engaña e infantiliza), a ficciones jurídicas propias de "fariseos", a triste ironía, o nos lleva a exigir, arriesgando la vida, que sean acogidos los excluidos, a pretender que se considere y trate como hermanos a todos los efectos a todos los marginados. La pobreza cristiana no puede ser la comodidad garantizada a la persona para que se dedique completamente al Olimpo de las "cosas divinas": tiene que ser pobreza para la comunicación y participación, para la fraternidad en la historia a todos los niveles. La pobreza en el Evangelio es hambre y sed de justicia. Dios quiere que el compartir los bienes sea el vehículo de comunión entre los hombres.

El seguir a Jesús en castidad, obediencia y pobreza, está en dedicarse con todo el ser a llevar adelante su misión que es la de "transformar la historia de la humanidad en historia salvífica", como dice Puebla (n. 918). La historia origina desigualdades, dependencia, rivalidades; la acción salvífica debe transformarla en historia de igualdad, fraternidad y comunión en la libertad. ¿Están sirviendo para eso los Votos?

De todo esto y mucho más habla Paoli en su libro, porque esa castidad, obediencia y pobreza "por el Reino" es paradigma de lo que tiene que ser todo vivir cristiano que haga historia de participación y comunión.